

MIGUEL HERNÁNDEZ Y ALBERTO QUINTERO ÁLVAREZ: DOS POÉTICAS PARALELAS

Por

FCO. JOSÉ EDUARDO SERRATO CÓRDOBA
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. México

Es una desgracia que hayamos relegado a un olvido casi absoluto a Alberto Quintero Álvarez, quien, a mi juicio es uno de los mejores poetas mexicanos de los años treinta, y que por sus búsquedas estéticas coincide en mucho con Miguel Hernández.

A Alberto Quintero tenemos que ubicarlo en la generación de la revista mexicana *Taller* y en una época de enorme comunicación poética entre México y España: los años treinta. Revista cosmopolita como su generadora *Contemporáneos*, *Taller* publicó colaboraciones de Juan Gil-Albert, Pablo Neruda, Luis Cernuda, Luis Cardoza y Aragón, María Zambrano. José Bergamín, José Moreno Villa, Enrique Díez-Canedo, Emilio Prados, Alfonso Reyes, Juan de la Cabada y Xavier Villaurrutia. Fue, además, el punto de reunión de tres poetas fundamentales: Alberto Quintero Álvarez, Octavio Paz y Efraín Huerta. Estos dos últimos —qué duda cabe— fundamentales para la gestación de la nueva poesía mexicana. El manifiesto literario de la revista *Taller* podemos resumirlo con las siguientes palabras de Octavio Paz:

«Entre 1935 y 1938 el observador más distraído podía advertir que una nueva generación literaria aparecía en México: un grupo de muchachos, nacidos alrededor de 1914, se manifestaba en los diarios, publicaba revistas y libros, frecuentaba ciertos cafés y concurrían juntos a las salas de teatro experimental, a las exposiciones de pintura, a los conciertos y a las conferencias. También asistían —gran diferencia con la generación anterior— a las reuniones políticas de izquierda. Las relaciones de esta generación con la precedente (*Contemporáneos*) eran ambiguas: los unía la misma soledad frente a la indiferencia del medio, no pocas veces transformada en hostilidad, y la comunidad en los gustos y preferencias estéticas... La actitud (de esta nueva generación) frente al lenguaje constituye una de las preocupaciones centrales. Los jóvenes no se limitan a ver la palabra “como medio de expresión”, sino que buscan más bien la palabra original, por oposición a la palabra “personal”. Les interesa la poesía como experiencia, como algo que tiene que ser vivido. La poesía es actividad vital más que ejercicio de expresión.

Ven en ella una de las formas más altas de comunión. Amor y poesía son las dos caras de una misma realidad. El amor, como la poesía, es una tentativa por recobrar al hombre adánico, anterior a la escisión y a la desgarradura. La poesía es “salto mortal”, experiencia capaz de sacudir los cimientos del ser y llevarlo a la “otra orilla”. Esta concepción pone al grupo de *Taller* la doble consigna de cambiar al hombre y cambiar la sociedad. La poesía es capaz de transformar el hombre, el mundo y la sociedad, puesto que el poema es un acto, por su naturaleza misma, revolucionario. La actividad poética y la revolucionaria se confunden y son lo mismo. Cambiar al hombre exige el previo cambio de la sociedad. Y a la inversa. Para la mayoría del grupo, amor, poesía y revolución son tres sinónimos ardientes. Por las razones expuestas, este grupo siente una afinidad por los místicos españoles, los surrealistas

tas, D.H. Lawrence, algunos románticos alemanes... Novalis, Heine, Blake, Rimbaud. Todos leen a los poetas contemporáneos de lengua española tales como Luis Cernuda, Vicente Aleixandre. Pablo Neruda, Juan Larrea, Emilio Prados, Federico García Lorca, Manuel Altolaguirre y Rafael Alberti, porque estos escritores parecen haber asimilado ciertos valores del surrealismo y ciertas actitudes poéticas también seducen a los jóvenes mexicanos: la afirmación intransigente de la imaginación, del amor y la libertad, como fuerzas únicas capaces de consagrar al mundo y volverlo de veras "otro"...

Como hemos visto, este grupo, sintetizado en los tres poetas antes mencionados, crea una nueva práctica poética que a su vez tiene tres vertientes, una por cada poeta, la de Paz, que será una poesía muy cercana al surrealismo; la de Huerta, ligada al hermetismo y al simbolismo; y la de Alberto Quintero Álvarez, que es una poética que él mismo definió como de ideas.

La cosmovisión de Quintero, quien nació en Acámbaro (Guanajuato) en 1914, es producto, al igual que la de Miguel Hernández, de su contacto directo con la naturaleza y con la poesía modernista. Esta declaración de amor por la tierra la encontramos en Miguel Hernández cuando escribe: «Me llamo barro aunque Miguel me llame» y en Quintero Álvarez cuando escribe:

«Yo vivo tierra adentro,
donde el canto del mar es un lejano mito,
una historia de viejos tritones oída en sueños...
tengo la lluvia del monte;
la llevo en mi cuerpo, temprano,
cuando desciendo por la umbría,
hollando el limo de los cedros,
ladera abajo, donde todo camino
se pierde en un declive de troncos y silencio».

Las coincidencias entre ambos proceden, sin lugar a dudas, de las semejanzas generacionales y a que la labor de difusión poética iniciada por los escritores del 27 en España se continuó en México con la generación de *Taller*.

Antes de llegar a echar las bases de su mundo poético y de escribir sus dos únicos libros: *Saludo del Alba* (1936) y *Nuevos cantares y otros poemas* (1942), Quintero tuvo una intensa preparación. Asimiló los versos reposados y filosóficos de Enrique González Martínez, descubrió la poesía vanguardista en *Muerte sin fin*, de José Gorostiza, descifró los símbolos y la música del *Cementerio marino* de Paul Valéry y, al igual que Miguel Hernández, fue cautivado por la obra de Pablo Neruda.

En 1934 y 35, Quintero escribió una serie de 15 poemas breves en donde experimenta con la música y la imagen. Estos versos recuerdan algunos de los silbos del poeta de Orihuela:

VI

«Aletea la primera
mañana del otoño,
en el aire de hielo de su campo.
En el azul estéril,
sol de ángeles tempranos,
y en el viento, la ausencia
de trigales y de árboles.
Todo limpio en el vuelo
trazado de los patos;

madurez de maizales
llenos, lirios y lagos,
en el aire que hiere
de frío nuevo, de ángeles y campo.

XII

Se fue la tarde en mi alma,
se fue un alado cárdeno
y una nube de nácar.
(Se escapó mi caballo
claro, de crines albas).
Se la llevó la sombra,
cuando yo la esperaba.

XIV

Montaña de sueños,
en el gris de tus nubes
escondo mi silencio.
Tengo pavor de subir a la tarde
por la escala del cielo,
porque las crines de oro
envuelven en su fuego
frente a mis ojos,
el carro tempestuoso de la muerte,
y los caballos vuelcan en sus cuellos las campanas de
bronce, desbocados en llamas del poniente,
hacia la negra locura de los piélagos».

El maestro Carlos Bousoño nos ha enseñado que la poesía moderna se basa en la irracionalidad del símbolo. Tanto Hernández como Quintero buscaron la expresión poética recurriendo a lo irracional de la metáfora, pero hay matices que los diferencian. El autor de *Perito en lunas* llegó plenamente en su obra a una irracionalidad que Quintero no siempre alcanzó. Esta distinción hay que encontrarla en un hecho fundamental en la gestación poética de ambos: mientras Hernández mucho le debe al gongorismo promovido por la generación del 27, Quintero nace con el descubrimiento de la poesía romántica del modernismo.

La búsqueda de imágenes y símbolos tendrán, en Hernández y Quintero, la intención similar de la nostalgia por el campo y el apego a lo telúrico, pero el grado de irracionalidad poética será diferente. Por ejemplo, en el Silbo de mal de ausencia escribe Hernández:

«Alto soy de mirar a las palmeras,
rudo de convivir con las montañas...
Yo me vi bajo y blando en las aceras
de una ciudad espléndida de arañas.
Difíciles barrancos de escaleras,
calladas cataratas de ascensores,
¡qué impresión de vacío!
ocupaban el puesto de mis flores,
los aires de mis aires y mi río».

Sobre el mismo tema escribió, en 1938, Quintero («Tiempo contemplado»):

«¿Quién soy, que vengo aquí, tan distante lugar,
contra todo consejo, solitario, en penuria,

como desesperado fugitivo,
a costa de otra vida y otra muerte dolientes?
¿Quién soy, campiña dulce, que me refugio en ti,
que me escondo en tus límites, me pierdo en tu
distancia,
me hago inmenso secreto en tus llanuras?».

De haber vivido más años, Quintero Álvarez seguro habría sido un poeta tan vigoroso e innovador como Octavio Paz. Su teoría poética, sus ideas sobre la misión adánica del escritor son un adelanto, incluso, de lo que Paz propondrá en *El arco y la lira*. Cito estas palabras de Quintero:

«He logrado en los últimos días construir, a manera de diario, un plan para mi poema (*Nuevos Cantares*), en el cual aclaro por vía filosófica, el tema general y algo del relacionamiento de las partes. Por supuesto, no creo que esto sea ninguna base rigurosa; pero sin duda representa un aparato de concreción que me ayuda a mantenerme fuera del peligro de la dispersión. No olvido que la dispersión es, en cierto modo, virtud de la poesía, y aún pienso que la metáfora, con su salto de trampolín, la exige. Pero eso tiene su condición, a mi parecer. En el poema las dispersiones habrán de ser como las ramas de un árbol, todas partiendo del mismo tronco. De otra manera puede haber poesía: nunca poema. «Las ideas» han vuelto, pues, a establecer su inevitable dominio. A pesar de la anécdota mallarmeana, he acabado por convencerme de que son casi tan fatales como las palabras, probablemente sólo Adán, antes de la manzana, ha carecido de ideas, puesto que todo en él era acto simplísimo, comunión, verbo, canto puro.

... Nombrar la belleza, esto es lo que nosotros hacíamos, nombrarla por puro asombro, pero nombrarla turbiamente. Adán, originario por excelencia, carecía de atavismo, y sólo él pudo nombrarla simple, puramente.

En nosotros el atavismo tiene la mitad de la acción; en consecuencia, no pudimos ser eficazmente adánicos y he aquí ahora tenemos que echar mano de las ideas para ser eficazmente, al menos, poetas pecadores, poetas autores de poemas, poetas, en suma, con ideas».

Estas ideas, lamentablemente, no llegaron a florecer en algún libro más. El 20 de agosto de 1944, Quintero murió en la Ciudad de México víctima de la tuberculosis. Su último poema es una obra llena de angustia. Dice así:

«Qué oscura mi vida, madre, qué oscura.
Silencio de noche.

Qué oscura está mi vida, madre.
Qué oscuro silencio de noche.
Cúpula de mí mismo, cóncava.
Noche de este Templo maldito.

Hoy mis ojos se han abierto.
Madre, y no vieron, y he temblado.
Mas no eran ellos; era el templo.
Era yo mismo, aquí en mi cuerpo.

ávidas
Piel mía, yema más (... ciegas táctiles)

antenas
Lazarillos de mis pupilas.
Destello térmico (candente)
Ciegas, fosfóricas luciérnagas
de mi sexo, yo he sido vuestro.

Yo seguí las verdes centellas
de mis dedos crispados
(Madre, sin fe te invoco)
Mi inteligencia se revuelve.

Yo seguí las verdes centellas
que el árbol da en la noche eléctrica».

Estas líneas, que el poeta escribió en su lecho de muerte, evidencian las búsquedas simbólicas a las que pretendía llegar Quintero Álvarez. De cualquier manera, su poética es un tema a estudiar más profundamente. Nunca sabremos si llegó a tener conocimiento de la obra de Miguel Hernández, tal vez por Neruda tuvo alguna noticia, pero no podemos pasar por alto que una buena parte de la poesía en lengua española de los años treinta y cuarenta la debemos gracias a la conjunción de poetas mexicanos y españoles que buscaron ampliar los caminos de la creación y esperan, ahora, después de cuarenta años, ser estudiados.